

Historia, Literatura y Filosofía Médicas

SUPERSTICIONES MÉDICAS DE CATALUÑA (*)

Dr. J. SOLÉ SAGARRA

Neuropsiquiatra del Hospital Clínico de Barcelona.

Miembro de la Asociación Española de Escritores Médicos

El origen de las ideas y costumbres populares es «social», relacionándose con la importantísima cuestión de «cómo hay que vivir», cosa que se resuelve de un modo diferente en los diversos tiempos y en los distintos países.

El hombre perfecciona la civilización tosca y primitiva de la primera edad de piedra (período paleolítico) cada vez más, hasta llegar a un alto grado de especialización y de pulimento en la última edad de piedra (período neolítico); pero en todos estos extensos lapsos de tiempo, el punto común de convergencia de todas las leyendas populares médicas es la noción de que espíritus u otros agentes sobrenaturales son la causa eficiente de la enfermedad y de la muerte. La medicina primitiva es por esto inseparable de los modos primitivos de la creencia religiosa.

En el fondo todos los mitos, supersticiones y costumbres de los pueblos primitivos se encuentran relacionados con los instintos fundamentales de la defensa personal y de la reproducción. La medicina primitiva está indisolublemente unida al instinto de conservación del individuo y de la especie; siendo chocante la unidad esencial común a todos los pueblos de la leyenda popular (folk-lore), única fuente de información que nos queda de nuestros primeros antepasados. Los avances primitivos o legendarios de la más antigua medicina, trátase de la medicina nórdica, celto-romana o polinésica, han sido siempre los mismos; a saber, un asunto de hechizos y de sortilegios, así como de leyendas acerca de plantas y animales y de «curaciones por el espíritu»; todo ello realizado con el fin de rechazar los efectos de mágicos agentes sobrenaturales.

A nuestros primeros antepasados podemos atribuirles las características comunes a la medicina mágica o animista, general a todos los primeros pueblos de la tierra. La palabra magia deriva del persa *maja* (espejo), sirviendo los magos de agentes transmisores de poderes sobrenaturales. El complejo del sistema de prohibiciones, totems y tabús a base del pensamiento mágico primitivo y propio de todos los pueblos incivilizados, llevaría a las *prácticas secretas médico-religiosas de los catalanes primitivos*; las prácticas de conocer las enfermedades según el vuelo o aparición de determinados animales, la expulsión de los espíritus malignos causantes de enfermedades y la prevención de las mismas mediante las complicadas prohibiciones de los totems y tabús estarían a la orden del día en los primeros núcleos pobladores de nuestra tierra.

En la transición de los tiempos prehistóricos a los históricos, la medicina de todos los países aparece dominada por la llamada *patología téurgica*; entonces la enfermedad se toma como un castigo o una prueba de un dios. Las más disparatadas ceremonias, según las distintas religiones, sustituyen a las prácticas de magia de la época anterior. El *médico-sacerdote* desempeña en esta época el mismo papel del mago o brujo de los pueblos incivilizados actuales. Comparable con la influencia protectora o no atribuida a las estrellas (la astrología típica) es la de que la enfermedad es una pena o castigo impuesto por los dioses o por los demonios, siendo remediable únicamente por la intervención divina o diabólica de los poderes malévolos, que sólo pueden volverse propicios o ser conciliados por medio de sacrificios, los cuales tienen el doble propósito (como los obsequios de la actualidad hechos a persona influyente) de conservar estos poderes en estado propicio o hacer cuando menos todo lo posible para que vuelvan a «su buen humor». Relacionada también

(*) Conferencia pronunciada en la Academia de Ciencias Médicas de Barcelona, el día 14 de marzo de 1946.

con la anterior teoría está la idea del poder benévolo o malévolos que se concedía a determinadas personas para desencadenar o curar una enfermedad. Esta antigua idea ha trascendido en nuestras comarcas hasta nuestros días; sobre todo, entre las clases sociales incultas, está todavía arraigadísimo un prejuicio de «haberles sido dado el mal» cuando una enfermedad cualquiera viene a perturbar la calma familiar.

Otra de las ideas médicas antiguas que se perpetúan entre las presentes generaciones catalanas es la *creencia en los amuletos y talismanes*, con los consiguientes encantos y hechizos que les acompaña, como reminiscencia de la medicina mágica primitiva. Los amuletos (del árabe *hamalet*, un colgante) son objetos que se cuelgan al cuerpo de los enfermos como una salvaguardia respecto a enfermedades u otras desgracias; de amuletos los hay de las más variadas y abigarradas formas.

España ha sido, y es todavía, uno de los países en que el culto popular a los amuletos ha tenido más desarrollo, y dentro de España las tierras catalanas no son precisamente de las que se han quedado rezagadas en esta creencia. Los talismanes (del árabe *talasim*) son amuletos u otros encantos que se guardan cuidadosamente, pero que no es indispensable llevarlos encima; esta última clase de medicina mágica no se ha arraigado tanto en los medios populares de nuestra tierra. En cambio, la creencia en la malevolencia de una persona sobre otra, el famoso *mal de ojo* de la medicina antigua, se conserva hoy en forma de curiosas supersticiones en nuestras latitudes; por ejemplo, nuestro «*toca ferro!*» al quererse inmunizar de una influencia extraña es una muestra de la creencia en la influenciabilidad maligna de determinados animales o personas.

Muchas de las anteriores creencias médicas procedentes de la medicina mágica primitiva y adoptada por la patología teúrgica pagana posterior, pasaron a la medicina romana y luego por mediación de ésta a la medicina medieval. Los ritos de exorcismos para echar fuera del cuerpo las enfermedades, en especial los procedimientos absurdos para librar a los locos de embrujamientos supuestos, tomaron carta de naturaleza en la llamada *Medicina histórica*. Esta época de la medicina comprende los primeros balbuceos científicos de la medicina general; corresponde a los valiosos aportamientos científicos de los cultos pueblos de la Grecia clásica y del Imperio Romano.

Dentro del marco de la medicina histórica propiamente dicha, pero antigua en el sentido catalán por falta de noticias históricas de la misma en nuestra tierra, tenemos la medicina del período que siguió a la destrucción de la sociedad romana, o sea las costumbres médicas de los pueblos que poblaron sucesivamente las tierras catalanas. Quizás el único resto que nos ha transmitido la tradición de estos tiempos es el concepto de la locura relacionado con la luz de la luna: los lunáticos de nuestras comarcas.

Todavía hoy están en plenas funciones en determinadas capas sociales de nuestros conciudadanos ciertos conceptos y procedimientos mágicos de entender y tratar los trastornos del espíritu. En muchos pueblos y ciudades de Cataluña hay pocas enfermedades mentales a las que sobre todo el vulgo no les atribuya la *mágica causa del "mal donat"*; asimismo son muchos los pacientes nerviosos que acuden a la sonámbula o a otras gentes que practican las diversas variedades del ocultismo moderno para que les quiten del cuerpo «el mal», que es como decir los malos espíritus de antaño. Hace poco pudimos coger *in fraganti* a una sonámbula cuando «*bendecía*» medianie raros exorcismos y letanias la *propiedad de un enfermo afecto de una grave psicosis*; la «*bendición*» del campo se extendió al enfermo para ahuyentar los malos espíritus de su cuerpo. De hecho, los familiares de este paciente psíquico establecieron una «*conllevancia*» entre la medicina moderna representada por nuestra visita y la medicina primitiva, científica, encarnada en los procedimientos curativos arcaicos de la sonámbula. He aquí un ejemplo típico de la transición entre el pensamiento mágico primitivo y el pensamiento científico actual regido por la razón; este ejemplo se repite muy a menudo en los estratos inferiores de la sociedad de todos los países civilizados, quedando, empero, cada vez más en descrédito el papel del ocultismo, a medida que avanza la ciencia médica.

Cuesta mucho hacer desaparecer la superstición de la masa; por esto no es de extrañar que se perpetúen durante tantas generaciones ideas erróneas que en un tiempo pudieron aparecer verosímiles e incluso fueron sostenidas y aceptadas por la ciencia. Así, por ejemplo, es de nuestro recuerdo que en nuestro pueblo natal había una buena campesina que «*curaba*» verrugas y otros males mediante exorcismos exactos a los que estaban en boga quinientos años atrás.

La ciencia actual no niega la enorme influencia que la parte psíquica puede ejercer sobre la física en el cuerpo de la persona; muy al contrario, es reciente la aparición de un libro alemán, en el cual su autor (HEYER) afirma que ha provocado la aparición de verrugas y otras alteraciones orgánicas cutáneas mediante simple sugestión. En este sentido nuestra sencilla paisana estaba realizando la «última aplicación de la ciencia psiquiátrica, o, mejor, psicósomática», sin sospecharlo siquiera. Pero la ciencia psiquiátrica actual huye cada vez más de la metafísica que la envió hasta hace pocos lustros, apoyándose sobre todo en la base orgánica cerebral, como una rama mas que es de las ciencias biológicas modernas.

Concretándonos a la superstición en sí misma, en sus relaciones con la medicina, vamos a mencionar rápidamente otras supersticiones extendidas actualmente en tierras catalanas; para ver la curiosa coincidencia de las mismas con lo que creían ser la última palabra de la «ciencia» los pueblos de dos mil años atrás, que iban a la cabeza de la civilización.

Una superstición muy extendida en el *Llano de Urgel* es la creencia de que los humores orgánicos de *insectos dañinos* son beneficiosos para los granos y las heridas en general. Por esto los labradores del centro de Cataluña son aficionados a ponerse en sus *orzuclos* y *heridas un tabano partido por la mitad o una abeja*, con los cuales hacen una especie de medicina natural, «desinfectante», en forma de apósito. Curas parecidas encontramos en los escritos médicos de nuestros antepasados medievales. Aquí vemos un *esbozo de farmacología*, aunque no exenta de un sabor de cura por *magia y simpatía*. Muy diferente es la extendida práctica (cual en Cataluña de «dejar el orzuelo en un árbol o en una casa (*deixar el massol*)»; en este caso estamos en presencia de una verdadera terapéutica de magia y simpatía a distancia. El mismo fundamento tiene la siguiente cura de una *sonambula de Barcelona*, que aplicó, hace poco tiempo a un robusto guardia de asalto, para curarle de una rebeide agorafobia o miedo a los espacios abiertos (atravesar una calle o plaza). En este caso la curandera en cuestión ordenó a su paciente que comiese dos ostras cada noche y diariamente se pusiese una tortilla de dos huevos en la cabeza al acostarse. En esta cura vemos una asociación de la creencia en los números (aquí el 2), de magia y de psicoterapia en sentido rudimentario que la sonámbula hizo inconscientemente. Lo bueno del caso es que este enfermo sanó en dos o tres meses de seguir las instrucciones de la curandera, después de haber fracasado en él varios médicos, entre ellos un par de psiquiatras. Esto puede explicarse fácilmente teniendo en cuenta la índole de la enfermedad, que no es más que un trastorno nervioso funcional aunque sea de los difíciles de corregir psicoterápicamente, porque en él entra el componente obsesivo que es el hueso de la psicoterapia. Otro caso de terapéutica médica por *simpatía a distancia* y superstición pura es la creencia de que las *verrugos* pueden curarse según la *reacción más o menos colérica* que demuestre un *caracol al pincharle* con un alfiler a través de su concha; esta práctica, también en boga en el *Llano de Urgel*, es de un *primitivismo* e inocencia extraordinaria, pues la señal externa de la ira del caracol al martirizarle es para los creyentes payeses la baba más o menos protusa que debe ser natural cada vez que se hace esta operación molesta para el animal.

Otros fines tienen ciertas supersticiones médicas, que en diversas formas de *tabú* protegen a la mujer de los excesos de trabajo corporal en ciertas circunstancias de inferioridad orgánica. Suerte tienen, por ejemplo, las *mujeres embarazadas o en lactancia* de la *Cerdaña Catalana* del *tabú*, que es para ellas el *no tocar agua fría, el no hacer el "mandongo"* (matanza del cerdo), el no poder echar el *pienso a las vacas* o acercarse a las *cerderas*; ya que ello les evita el tener que realizar trabajos excesivos a que tienen obligación fuera de las mencionadas circunstancias fisiológicas.

Prácticas de *curanderismo médico*, como poner la *piel de un conejo o de una paloma recientemente sacrificada* en los pies de un *enfermo febril* con fines *antipiréticos*, o la también conocida de beberse los tísicos la sangre caliente de los animales del matadero, para citar unos ejemplos, son una mezcla de las diferentes aplicaciones de magia, simpatía y medicina natural, que indican, en el fondo, jalones de la evolución médica. Prescindimos aquí de comentar otras prácticas de intrusismo médico actual, tales como la *curación de fracturas por pastores* con más o menos práctica manual previa en su ganado, y de ciertas *mediums espiritistas* que sólo tienen fines utilitarios. Sobre este particular, sólo queremos llamar la atención de la tendencia general del vulgo a sobrevalorar los éxitos del

curandero y callarse sus fracasos; cosa que no sucede así al juzgar la actuación de un terapeuta con título académico. Ahora mismo, en la *ciudad de Lérida*, trata más fracturas un *ex pastor de ganado* que entre todos los cirujanos juntos de la capital; sin negarle ciertos éxitos en verdaderas fracturas y los más discutibles en otros casos en que la pretendida fractura no pasa de ser un simple esguince; no hemos de callar aquí las rigideces de hombro y otras complicaciones que nosotros hemos presenciado y que creemos no hubiese provocado un cirujano moderno; pues bien, al proponer a los interesados la correspondiente denuncia al Colegio de Médicos, fueron presos de un horror inexplicable y se negaron siempre a actuar en sentido jurídico, hecho sólo explicable por una especie de protección inconsciente al fraude y temor mágico al curandero (el mago de antaño).

Muchas otras supersticiones relacionadas con la medicina podemos citar aún, ya que su fuente es inagotable. ¿Quién no ha oído hablar o presenciado los múltiples procedimientos mágicos para curar la depresión, del orden que sea, atribuida en muchas comarcas catalanas a un deseo insatisfecho (el célebre *enaigament*)? En la Cerdana y en las comarcas montañosas del Montseny la mayoría de los trastornos patológicos que acusan mimos y animales domésticos son *enaigament*, y el trabajo viene para buscar la supuesta causa de esta nostalgia desidratativa, que muchas veces es atribuida a un vecino de mara rama o a fatalidades imponderables. De aquí al «mal donat» sólo hay un paso. Otra fuente de supersticiones es lo relacionado con las misteriosas, para el vulgo, funciones catameniales y de procreación. Además de los *tabús* que hemos mencionado con relación al embarazo y la lactancia, existe el *tabú* de la menstruación. Una mujer durante el menstuo no puede tocar plantas porque se marchitan; en las comarcas olivereras tienen sumo cuidado en no poner aceitunas en conserva mientras dura el período, y las montañasas catalanas se guardan bien de hacer «el mandongo», el queso u otros trabajos delicados, por el mismo miedo de que «contaminen» todo lo que tocan por el maligno fluido que suponen desprender a causa de encontrarse en el estado fisiológico de que hablamos. Más exagerados son aún los pueblos incivilizados en este sentido, pues existen tribus en África y Oceanía que encierran a la mujer en un desván escondido con provisiones suficientes para que pueda mantenerse viva durante los días que dura la regla. En cuanto a la procreación, si tenemos en cuenta la ignorancia de los pueblos salvajes melanésicos y de otras partes en este asunto, podemos darnos por muy bien satisfechos los occidentales, pues allí impera aún en este sentido la cultura del período neolítico, ya que todavía no han alcanzado aquellos seres edénicos y patriarcales a establecer relación de causa a efecto en la procreación; creyendo que la belleza y el atractivo amoroso son exclusivamente debidos a hechizos y ritos mágicos. Impera allí el matriarcado y el papel del padre es de poca importancia. Esta ignorancia explica el que en las *Islas Trobriand* (Oceanía) se puede compartir el lecho pero no la mesa entre hombre y mujer que no estén casados, pues los novios de estas islas sienten sólo su honor herido cuando la prometida se sienta a comer con otro hombre; de modo que un Calderón indígena australiano escribiría su tragedia por un pan partido entre una mujer y un hombre en lugar del deshonor amoroso. Estos indígenas creen que la fecundación de la mujer se debe a los espíritus que salen de la espuma de las olas del mar bravío.

En el Monsant (pueblo de la provincia de Tarragona) existe una ermita dedicada a San Antonio, en la cual hay una piedra grande dentro de una cueva de un par de metros de altura; los novios varones que quieren saber si tendrán hijos van allí y si logran levantar a pulso esta piedra hasta que toquen con ella el techo de la cueva quedan satisfechos y convencidos de que son buenos para tal efecto. Sobre la esterilidad femenina hay otras prácticas como la conocida de la olla de Nuria, para citar la principal. Otras prácticas corrientes de magia relacionadas con la medicina son el pasar un niño herniado por un agujero abierto en el tronco de una encina joven; otra, poner ropita de niño sobre el vientre de la persona que tenga dolores abdominales; otra, pasar los pies de un niño gemelo por la región lumbar del paciente con lumbalgias; otra, curar los ataques convulsivos de la infancia haciendo picar a una gallina el ano del niño en cuestión. Todas estas últimas prácticas de curanderismo están en boga hoy en los pueblos catalanes que tocan a la provincia de Huesca, en uno de los cuales se hizo famoso un curandero que incluso hemorragias «curaba» con oraciones más o menos trágicas. No hablemos ya de las curas de los «*espatllats de pit*»; el «*trencar las anginas*» mediante manipulaciones mecánicas en las muñecas del que tiene amigdalitis, el tirar piedrecitas al río para curar la

ictericia; ni de las múltiples novenas que emplean los curanderos-herbolarios de Barcelona, con sus estudiados sistemas del parpadeo y de la mirada fija, con las cuales pretenden curar toda clase de enfermedades. En todos estos procedimientos entra la sugestión como factor principal curativo y el curso normalmente corto y benigno de la enfermedad tratada; siendo lo de menos en estos casos el método empleado y sí el operador que lo practica, como sucede en la medicina vera.

Vamos ahora a enumerar unas cuantas recetas mágicas de la *Edad Media* y de algún método curativo mágico de todas estas formas de superstición médica con las supersticiones actualmente en boga. *Plinio* describe en su libro XXVII, capítulo IV, los siguientes medios curativos usados en su tiempo: «Contra el dolor de cabeza, atarse el lazo de un ahorcado alrededor de la frente; contra las verrugas y juanetes, echar un poco de vinagre en el momento de presenciarse la desaparición de una estrella en el firmamento; y el ojo de un lobo cura la fiebre y preserva contra la epilepsia.» En tiempos de *Paracelso* se puso de moda la virtud curativa específica de cada planta, recetándose el azafrán contra la ictericia, las plantas con tubérculos en sus raíces contra la impotencia sexual, plantas de la forma de cabeza contra cefalalgia, y plantas con forma parecida al corazón contra los procesos cardíacos. Como puede verse, en todos estos ejemplos de terapéutica empírica domina el pensamiento de la influencia por simpatía, por parecido externo o por magia, tal como vimos en anteriores supersticiones actuales.

Y ahora les voy a presentar a nuestro Don Quijote de la Mancha (se proyecta una figura de Don Quijote de la Mancha, leyendo libros de Caballerías en su biblioteca). Lo que nos dice el gran Cervantes con su fina penetración de la psicología y costumbres de su época, se cree todavía hoy en nuestra tierra por las clases incultas. En el pie de la ilustración que les presento se lee: «...y así de poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro...» Esta etiología del poco dormir y del mucho leer es muy generalizada en Cataluña para explicar la misteriosa y repentina aparición de una enfermedad mental grave, cual es la esquizofrenia o la psicosis maniaco-depresiva. El hecho de presentarse generalmente la esquizofrenia, que es la locura por autonomasia, en la época puberal y en jóvenes que hasta entonces fueron niños modelos por su aplicación, bondad y timidez, presupone la hipótesis apriorística del endemoniamento para los más incultos o el agotamiento de tanto estudiar para los pseudocultos en medicina; el no dormir en estos casos no es más que uno de los primeros síntomas de la vesanía en ciernes; Cervantes nos describe en su Don Quijote un verdadero enfermo mental delirante, un paranoide o esquizofrénico paranoide; pero el poco dormir y el mucho leer libros de fantasía insana no fueron otra cosa que las primeras manifestaciones del desarrollo paranoide que se operaba solapadamente en la intimidad constitucional de aquel Hidalgo meditando y esquizoide.

Siguiendo por el camino de las supersticiones históricas, encontramos citas curiosas en la historia catalana. Así, el canónigo de Valencia, Bernardino Gómez de Miedez, intercala la siguiente frase en su antigua historia del rey Don Jaime I: «El pueblo de Terrós (Urgel), según fama de los que por algún tiempo han residido allí, es villa de las más sanas de España, por la subtilidad y pureza del aire y aguas o por algún buen vapor que sale de tierra, el cual, recibido por los sentidos purga el cerebro, de manera que a los locos furiosos, y principalmente a los endemoniados, los llevan allí para que sanen; y está en refrán muy usado en Cataluña en comenzar uno a enloquecer o endemoniarse: «A este llévenle al Terrós.» He ahí una rudimentaria teoría orgánica de las psicosis, concebida por los catalanes medievales y predecesora de la gran época posterior de la purga y la sangría.

De la ciudad de Lérida es la institución en el siglo XV de la «*festa de la rabia*» en honor a la patrona invocada para curar este mal. El Consejo de Pablers de esta ciudad tenía contratado un individuo llamado el «*saludador*», cuyo trabajo consistía en hacer exorcismos a modo de saluciones ante una herida causada por un perro rabioso, con el fin de ahuyentar los peligros (léase espíritus malignos) de este terrible mal.

Prescindimos de hablar de las mil supersticiones médicas relacionadas directamente con los ritos religiosos más o menos oficiales que existen en Cataluña y que nada tienen que ver con la religión misma. La descripción de este punto requiere un trabajo aparte y extenso que analice detalladamente las relaciones entre la medicina y la superstición religiosa. Sólo queremos mencionar aquí el auge que tuvo en otros tiempos y que todavía conserva algo el *Santo Misterio de Cervera* para curar

los enfermos mentales, o sea los endemoniados ("espiritats") del vulgo. En este sentido es curioso que muchas personas cultas hablen de un endemoniado cuando ven un enfermo mental en el templo donde se aplica la famosa reliquia de Cervera, mientras que estas mismas personas califican de enfermo a secas cuando ven al mismo paciente en el despacho de un especialista psiquiatra o en un frenocomio. Esto sólo se explica por los resabios en nuestra generación de las ideas erróneas de nuestros antepasados sobre la mágica causalología metafísica de la mayoría de las enfermedades, máxime en los trastornos psíquicos.

Dejemos la parte meramente histórica de la superstición médica catalana, para terminar nuestra disertación con la exposición de una superstición actual típicamente barcelonesa entre las muchas que podríamos citar de la floreciente capital catalana. Se trata de un caso típico de ocultismo moderno en forma del uso de la *visión clara y transparente*. Decimos ocultismo moderno porque los "rayos X" juegan un papel importante en este caso; esperamos la aplicación de la energía atómica por los curanderos para poder hablar de ocultismo ultramoderno que si no existe aún, creemos que poco se hará esperar. Les presento a ustedes la famosa *Cristalina de Sans*, que ha compartido su fama con una personalidad curanderil no menos famosa de aquella barriada: el *Xic Pastor*. Este último es el típico ex pastor que cura fracturas más o menos presentes o imaginarias; la *Cristalina*, cual rayos X portátil, descubre de un solo golpe de vista «lagas, manchas y gacbas» sanguíneas en todos los órganos internos, hace un diagnóstico objetivo y viene la hierba sanadora. Lo curioso de este caso es que esta mujer es una fuente inagotable de enfermedades iatrógenas, que en este caso tendrían que llamarse curanderógenas, si esto no fuese un barbarismo; porque es corriente que esta curandera de Sans descubra con sus «rayos X» algún trastorno interno a los acompañantes de sus pacientes que hasta aquel momento se tenían por sanos, pero que bastó la resugestión iatrógena de la curandera para que notasen pronto molestias en el estómago o el corazón y se convirtiesen en convencidos clientes de tan mañosa ocultista. Aquí vemos la adaptación moderna de la visión clara de hace siglos a uno de los inventos más trascendentales de la medicina moderna: los Rayos X.

Contra lo que podría creerse a primera vista, en este siglo de los grandes descubrimientos científicos, la superstición impera aún en todo el mundo, porque todas las armas que la ciencia nos brinda para esclarecer los misterios insondables de la naturaleza llega a un fin de impotencia casi siempre. Entonces es cuando triunfa de nuevo la superstición, que en muchas capas sociales tiene más influjo que todas las religiones juntas.

En cierto modo todos necesitamos un poco de misterio en nuestra vida dura y materializada. Por esto ha habido sabios como *Goethe* que han dicho que la superstición es la poesía de la vida. Cuando más se aparta un individuo de una determinada religión, tanto más propenso está en creer en supersticiones. *Lutero*, *Bismarck*, el mismo *Goethe* y personajes tan recientes como *Hitler* y muchos de sus seguidores, son ejemplos típicos de capacidades notables en algún sentido, pero aferrados a absurdas supersticiones (*Hitler* creía con el número 7).

El arranque histórico de la lucha entre la ciencia médica verdadera y la superstición debe verse en la gallarda posición científica de *Hipócrates* al ridiculizar en sus escritos el supuesto origen divino de la epilepsia, la típica enfermedad de los dioses en la Grecia clásica. Sin embargo, los médicos mismos fueron siempre fuente de supersticiones para las generaciones venideras, al pretender explicar y curar enfermedades con remedios de poca consistencia científica, que en su tiempo fueron la última palabra de la ciencia pero que cien años más tarde parecían ya un absurdo científico. Así se explican las exageraciones médicas en diversas épocas de *Galeno* y las negalenistas renacentistas respecto a la sangría, el análisis macroscópico de orina, las purgas, los vejigatorios, las latinadas médicas de tiempos de *Molière*. Hoy todos estos procedimientos han pasado al vulgo, el cual prodiga exageradamente la purga en las personas y la sangría en los animales domésticos. Yo he visto cortar muchas orejas y rabos, y no en toros, sino en carneros o cerdos enfermos, con un empirismo típicamente primitivo. Nuestro *Arnau de Vilanova*, el médico más eminente de su tiempo en todo el mundo, empleó siempre una especie de terapéutica basada en la magia natural, y lo mismo podemos decir de *Paracelso* y otros médicos famosos.

La superstición es casi siempre la misma. Las sonámbulas de hoy se duermen para curar a sus enfermos, como los sacerdotes de la antigüedad lo hacían en sus

templos; los lugares de curación actual recuerdan aquellas ciudades de *Cos* y *Epidaurus* de la antigüedad. La astrología, los exorcismos, el magnetismo mesmeriano y las mil prácticas de ocultismo moderno, tienen sus similares en los tiempos prehistóricos de la medicina. ¿Quiere esto decir que tengamos que aceptar fatalmente la superstición como un componente paracientífico hasta cierto punto justificable en medicina? No. La superstición es el peor enemigo que tiene la ciencia, y por lo tanto la medicina moderna debe desligarse cada vez más de especulaciones acientíficas y guiarse por la teleología racional. Claro que los médicos no debemos olvidar nunca el componente sugestivo psicoterápico en nuestro arte de sanar; pero de aquí a las actuaciones truculentas con que se ha pretendido en algún caso adornar la actuación terapéutica del médico media un abismo, que cada vez será más profundo a medida que la medicina y la ciencia en general se desliguen del lastre de la superstición y se encaucen definitivamente por los senderos de la biología natural, en su aspiración máxima, aunque lejana, de ciencia exacta.